

**LUIS CARLOS MUSSÓ,**  
***Mea Vulgatae,***  
 Arequipa, Cascahueso  
 Editores, 2014, 82 p.

Se dice que la buena poesía le deja a uno callado. Esta privación de habla se puede deber a varias razones: sea porque el libro ha agotado todos los temas fundamentales, sea porque su lenguaje ha producido asombro, sea porque su lógica es desentrañable y le ha dejado a uno perplejo... En el caso del libro de Mussó, nos quedamos callados porque el lenguaje, de alguna manera, ha sido destruido. A contrapelo con la *Biblia*, que narra la creación del mundo —desde el planeta hasta la especificación de todo un arco histórico, es decir, toda una cosmovisión—, el libro describe la forma en que ese mundo judeocristiano se va desmoronando. No en vano empieza de la siguiente manera: “<sup>1</sup> *porque un sermón se despeña entre las garras retráctiles de un felino ocaso / y esparce los afrechos de la oscurísima nada / y hace girar al mundo como a un misterioso cubo de rubik /*” (sic).

La tarea de despeñamiento del lenguaje se la lleva a cabo a través de la particularización de la experiencia de la estructura bíblica. El libro está escrito imitando la forma de la *Biblia*: tiene libros, subdivididos en capítulos, y estos, a su vez, subdivididos en versículos. Y la experiencia narrada no es la de Abraham, Job o los apóstoles, sino la del poeta. Sin dejar atrás un lenguaje culto, el poeta ha hecho suya la estructura bíblica y ha incorporado elementos personales

y autóctonos para sus descripciones: “<sup>7</sup>vivo en parques junto a cerdos que pueblan sus bancas / columpios / *guinguiringongos* / vivo en una espalda de la que cuelga un cordón perfumando y las *miasmas* que bajan por autopistas, siluetas, caderas, muslos, *horámenes*” (énfasis añadido). De aquí la razón de su título: si la *Vulgata* es la traducción de la Sagrada Escritura para la divulgación al público latino, *Mea Vulgatae* es la versión particular del poeta. Queda la pregunta: ¿para ser divulgada a quién?

En “génesis 1-5” se invierte de entrada los propósitos que tuvo dios para crear el mundo: “<sup>2</sup>pronuncia la dureza de la *PIEDRA*, y la piedra te da en los dientes de lleno —ese fue desde el principio el proyecto de un dios que te detesta—”. El dios de Mussó no es un dios de amor. Pero un dios judeocristiano, a fin de cuentas, porque crea a través del lenguaje y de forma omnipotente. Crea no solo lo pétreo del mundo, sino la conciencia individual: “<sup>2</sup>alguien dice *MUNDO* y existo [...]”. El poeta, consciente de su lengua y por tanto del destino del mundo creado, decide sobre el lenguaje: “<sup>4</sup>pues bien, bajemos y una vez allí confundamos nuestro lenguaje de modo que no nos entendamos los unos con los otros”. Como se puede ver, el poeta no solo invierte a dios, sino que acelera sus propósitos en una suerte de imitación deística.

En “éxodo 1-4” nos encontramos, entonces, con el primer desmoronamiento, con el destino que ha sido decidido: Babel. “<sup>1</sup>2 alguien dice *LENGUAS* y se distorsionan los cuerpos. el idioma en que nos deseamos se quiebra como un mosaico, azulejo

fracturado en saraos ajenos. nuestras pieles pierden sus escamas, la criolla sabiduría. alguien dice *LENGUAS*, y ya no sentimos lo mismo”. Y esta estética de la distorsión se convierte en mandamientos para con el prójimo y el mundo circundante: “<sup>8</sup>matarás violentamente las ganas de tu mujer / a la ondulada planicie entre la hojarasca de los ficus”. El éxodo se torna un paisaje desolado: “<sup>3</sup>aunque niegues el santo y seña, y no embardurnes nuestra puerta con sangre de cordero, una vieja angustia recorre como ángel de la muerte las calles de mi barrio. [...] solo me quedo con las palabras suficientes –solo así te estremerá la lejanía–”.

Con la exactitud de los “números 1-5” acudimos a una personificación de las cifras: “**69 [sesenta y nueve]** <sup>7</sup>con estas lenguas ofidias conocemos el mundo”. Pero también del alfabeto: “**V [uve]** <sup>9</sup>chilla sus ruinas una cuña al expulsar, golpe a golpe, el terror”. El hecho de que este tipo de símbolos adquieran una significación humana, condensa no solo un tipo de visión panteísta, sino que también adelanta el tema de la poesía como agrimensura (presente a medida que avanza el libro). La poesía estaría en todas partes, como la cifra que daría acceso a la comprensión del mundo en su totalidad. En poesía todo queda cifrado como ruina: “MI ÚLTIMA PALABRA FUE TÚ, PERO ME REFERÍA AL ABANDONO EXORBITANTE. <sup>2</sup>no hay manera de guarecerse de la tormenta de grillos”.

Fiel al libro de la Biblia al cual el “eclesiastés 1-5” corresponde, en esta parte acudimos precisamente a un tono marcadamente existencial y

pesimista. El barrido de dios promete apagarlo todo: “**1** un ave extinta que vuela sobre mi cabeza extiende su sombra también sobre mis brazos / también sobre mi pecho / también sobre mi sexo”. La forma misma a través del cual recuperamos el mundo es amarga –“EL CONOCIMIENTO GENERA TRISTEZA”– y amenaza con eliminar la posibilidad misma de que el libro al cual asistimos se presente: “¿ESCRIBIR O VIVIR?”. En este punto límite, la confusión originaria que desata la lengua o dios se convierte en salvamento: “<sup>5</sup>no tengo clara la noción de la muerte: solo sé que es el lugar donde se agota el estremecimiento. <sup>6</sup>menos mal que desconozco lo que escribo”.

“El cantar de los cantares” se convierte en *Mea Vulgatae* en el “yacer de los yaceres 1-5”. Aquí el lirismo del libro estalla en un texto dramático en donde la copulación textual se convierte en una alianza por navegar el desastre: “**2 ella:** / <sup>1</sup>entre lunación y lunación, me visitas. / paso a paso exploras estos humedales. / <sup>2</sup>en ellos juntas nuestros nombres en empinada catástrofe. / albergo desde hoy a tus muertos. y a los míos.” Y él: “<sup>4</sup>en tu cabellera tropiezan / medrosos rebañíos de ovejas negras, y me aferro / a tus dunas para no caer y rodar cuesta abajo en estas / playas sin centinelas. <sup>2</sup>tus lenguas me hablan –cada una en su idioma, / cada una desde su rostro– la primera con sus papilas, / la otra [minúscula] con su estallido. / <sup>3</sup>cada una cubre sinuosamente sendas heridas de esta negrura”.

En “crónicas 1-9”, que en la *Biblia* narraría la genealogía del rey David hasta llegar a las 12 tribus de Israel,

presenciamos un recuento de las personas cercanas al poeta, presumiblemente familiares. “ABUELO: tu rostro borroso como mancha trazada con mi dedo infantil y grasiento sobre esa fotografía de cuerpo sepia y bordes rumiados por el terror. [...] <sup>1</sup>zoila me mira desde tiempo son sus retinas pertinaces. [...] <sup>3</sup>madre, es holgada la noche y tus vísceras plateadas por la luna son un mapa de andurriales eslabonados entre sí y desplegados hasta convertirse en salmos más raídos que discretos. [...] germina una flota completa en esos ojos terracota oscuro irisado # 3 –yanbal dixit–. son los ojos de andrea”. Elecé, Javiera... Pero ante el intento del poeta de crear una unificación –como pretendería la *Biblia* en estas crónicas con la nación judía– y llamar a la calma y al recogimiento en el lenguaje, uno de sus “antepasados” le interpela: “‘ya te he alcanzado en el lenguaje’, me dices, ‘entonces, ¿por qué el terror sigue aquí?’”.

En las partes subsiguientes el lenguaje eróticamente ruinoso no se agota y el diálogo bíblico es sostenido rigurosamente. Traspasa el libro con un tono cuasi apocalíptico, sin dejar de lado, como advertimos más arriba, el lirismo. A su vez, la intertextualidad se vuelve cada vez más manifiesta: ecos a pasajes de Maldoror, el castillo kafkiano, la reticencia de *Bartleby*, la carroña baudelaireana, el poeta futuro de Cernuda, Ashbery... Al final de “apocalypse now 1-8”, queda la duda al respecto de qué hacer con los despojos del lenguaje. El poeta confiesa que, con este ejercicio de inversión e imitación bíblicas, ha encontrado su ojo, pero que todavía le falta encontrar

su lengua. La recuperación del ojo, como puente hacia el exterior –como mediador inconsciente de la intuición sensible (el ojo no puede verse a sí mismo)–, parecería querer significar que el mundo exterior se ha estabilizado, si bien es un mundo profundamente desangelado, des-graciado, en donde “viene la lluvia desde su extremo ciego, a clavarnos sus espuelas”. Faltaría encontrar la lengua como pieza fundamental para la reconciliación o detenimiento de la destrucción: esto es el apocalipsis, nos parece querer decir Mussó. La búsqueda de una lengua que se escabulle en la oscuridad –sin esperanza alguna de encontrarla– es la forma en que el mundo se crea, prueba de ello es la materialización del libro mismo. En este intento, ciertamente desmesurado, por trazar en la escritura esta búsqueda inviable, el lector se queda callado. Y desolada se mantiene en pie la pregunta que el título exige: ¿para quién está divulgada esta *Vulgatae*?

**LUCAS ANDINO**

UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR,  
SEDE ECUADOR